

LA CIUDAD DE LAS SONRISAS

Historias de supervivencia en Bombay

Martí Gironell



I

epígrafe

Le

Colección Epígrafe – 1

LA CIUDAD
DE LAS SONRISAS

Historias de supervivencia
en Bombay

MARTÍ GIRONELL

lectura
Lectio

El autor destinará el dinero que se obtenga de la venta de este libro al Committed Communities Development Trust (ccdt) de Bombay.

Primera edición: marzo del 2006

© Martí Gironell
© Lectio Ediciones

Edita: Lectio Ediciones
C. de la Violeta, 6 • 43800 Valls
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57

Fotografía de la cubierta: Lluís Badosa

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 84-934850-0-4

Depósito legal: B-9.652-2006

PRÓLOGO

Desde mi perspectiva de viajero, el Bombay que he conocido es un Bombay intuido más que vivido. Ciertamente, he pisado las calles y he subido a los trenes apretados y a los triciclos motorizados que circulan a trompicones. He respirado los aromas de la ciudad, me he emborrachado con los malos olores y los tufo; he sufrido sus hedores. Y los ascos. Pero no me he implicado en la vida cotidiana de los ciudadanos. En cambio, Martí Gironell se ha involucrado hasta el fondo en el tejido más íntimo de personajes anónimos que sufren marginaciones y enfermedades. Su visión de Bombay y la mía quizás no difieren demasiado, pero el conocimiento que él ha acumulado asistiendo, consolando y compartiendo está a años luz de mi exigua experiencia. Martí Gironell conoce las entrañas, y yo no voy más allá de las costras. De las costras que se hacen en la piel cuando las heridas se cierran. El viajero pasa de largo de las pústulas, no se para ante el dolor ajeno porque es un cronista de la imagen. Puede ser testigo del dolor pero no lo vive. El transeúnte hace la función de observador, es un escriba que anota y se empapa poco. En cambio, el voluntario social se implica, participa y se inserta en las escenas que la nueva realidad le aporta. Y las vive. ¡Cuántas vidas se apagan en este puñado de hojas! Vidas de niños, hojas tiernas, temblorosas, ángeles heridos iluminando el infierno. Martí Gironell nos las acerca, estas vidas. Quiere tanto a las

criaturas —adultos o niños, es igual— que el corazón del autor nos entra a través de sus palabras, sentidas y llanas. Este es un libro honesto, escrito con pasión y a la vez con sentimiento. Pero no todo es pérdida y dolor. Hay gozo por la vida, incluso, humor y, por encima de todo, dosis de gran humanidad. Ojos enormes iluminados por miradas que se apagan, almas poderosas prisioneras de cuerpos derrotados, carcomidos por una guerra silenciosa que se libra por dentro. El sida, en la sangre, chupa y hunde, pero el voluntariado de Ankur —el orfanato para los niños afectados— aplica posos de amor a las agujas de hielo. No sé si se acerca el día en que un ejército de soldados como Martí Gironell atenderán las lacras que abruma el mundo menos desarrollado. Jóvenes que miren más allá de los espejitos de colores que la sociedad consumista les pone de trampa. Ahora que finalmente se ha abolido el servicio a una patria dudosa, ¿por qué no se pueden lanzar a la certeza de servicio al prójimo, a asistir desinteresadamente a quien llora y padece, a menudo en silencio, a la sombra de nuestros desechos?

Jaume Mestres

INTRODUCCIÓN

Una sonrisa es el boceto de una risa leve, sin ruido —casi sin querer—, con un sencillo movimiento de los labios. A veces, es el acto previo a una carcajada que refleja la felicidad de una persona, ni que sea momentánea. En Bombay, no sólo he aprendido a sonreír sino también a valorar las sonrisas. Ya lo dice la canción de Noa: *Smile, without a reason why* (“Sonríe, aunque no tengas ningún motivo”). Muchas de las personas que he conocido no tienen ningún motivo para hacerlo y, a veces, ni ganas ni fuerzas. Pero lo hacen. No tienen familia, no tienen futuro, pero se tienen a ellos mismos y muchas ganas de vivir. Y esto es suficiente. Son sonrisas limpias, sinceras y pegadizas que sirven para darnos una lección y para darnos cuenta que la vida, aunque parezca una obviedad, vale la pena vivirla.

PRESENTACIÓN: LA CIUDAD DE LAS SONRISAS

Cuando se hace un viaje a un país del sur, más que a vivir la realidad del país, se va a observarla, para intentar de tomar conciencia y entender su ritmo de vida. Se sabe de entrada que un mes, treinta días, son pocos para conocer la realidad de un país, sea cual sea, sobre todo si se tiene una información previa más bien pobre. A menudo se viaja por un periodo limitado de tiempo. La estancia tiene principio y final, lo cual permite vivir la experiencia, por una parte, con más intensidad y, por otra, con una cierta distancia. Y se acaba por adoptar una posición de espectador. Se observa, se conoce e, incluso, se procura comprender.

El problema, casi inevitable, viene cuando desde la óptica occidental se intenta cambiar, ni que sea una milésima, aquella realidad que para nosotros es caótica y extraña. Entender o tratar de comprender las normas de funcionamiento de países del sur es prácticamente imposible. Las dinámicas sociales, económicas, culturales y religiosas son diferentes de las que conocemos. Cuesta entenderlas, aunque haya muy buena voluntad y mejor predisposición. Nuestros parámetros, nuestros pensamientos, nuestras costumbres no están cortados por el mismo patrón (¡y lo malo es que nos pensamos, equivocadamente, que los nuestros son los mejores!) y a menudo no encajan con los de una cultura milenaria y llena de historia, con sus propias leyes, gracias a

las cuales precisamente se ha mantenido viva. Treinta días, pues, sólo dan la opción de hacer una primera degustación —siempre picante, si se trata de la India— y conocer unos personajes concretos que viven de una determinada manera aquella realidad que es la suya. Nombres nuevos, vidas intensas y grandes historias de supervivencia en cuerpos menudos.

Durante el primer mes, Bombay me abrió las puertas de un mundo desconocido. La India dejó de ser una foto de colores satinados y se convirtió en un rincón lleno de caras morenas, sonrisas sinceras y luchas diarias por sobrevivir. La lucha de unas personas que no tienen nada pero que salen adelante con una dignidad envidiable. Y esto es una lección sobre la vida que no se olvida nunca jamás. A través de este libro querría transmitir esta sensación a los lectores, conseguir que pasaran por los lugares más significativos de Bombay, los miraran, se pararan y los conocieran y que vivieran al lado de un grupo de personas extraordinarias y representativas de la vida de la ciudad donde viví. Y que después reflexionaran y, si se animan, no duden en ir para poder conocerlas y ayudarlas. Las sensaciones no son demasiado diferentes de las de cualquier otra persona que se haya dejado sorprender por la riqueza de otra cultura. Bombay desconcierta, hace tambalear los esquemas y sirve para aprender y para recuperar un puñado de valores útiles, necesarios para vivir y, a menudo, olvidados. De las muchas sensaciones que provoca esta ciudad hay una que es definitoria: no deja indiferente.

Aunque es un rincón del planeta donde la gente va de paso, sin pararse, porque es la puerta de entrada a un país inmenso, Bombay tiene espacios llenos de vida

y de personajes fascinantes, sólo hace falta quererlos conocer. Vosotros conoceréis unos cuantos, aquellos que encontré porque me paré. Y gracias a ellos volví. Cuando fui por primera vez, en agosto de 2002, formaba parte de un grupo en un campo de trabajo solidario de la ong setem, Servicio al Tercero Mundo. Al año siguiente volví por motivos de amistad. Ahora, Bombay ocupa un lugar muy importante en el mapa de mis sentimientos. Esta es la historia de una experiencia única en la ciudad de las sonrisas.

—¡Fielding! ¿Qué hace falta hacer para ver la India auténtica?

—Tratar de ver a los indios —contestó el otro, y enseguida se fundió.

E.M. Forster, *Viaje a la India*

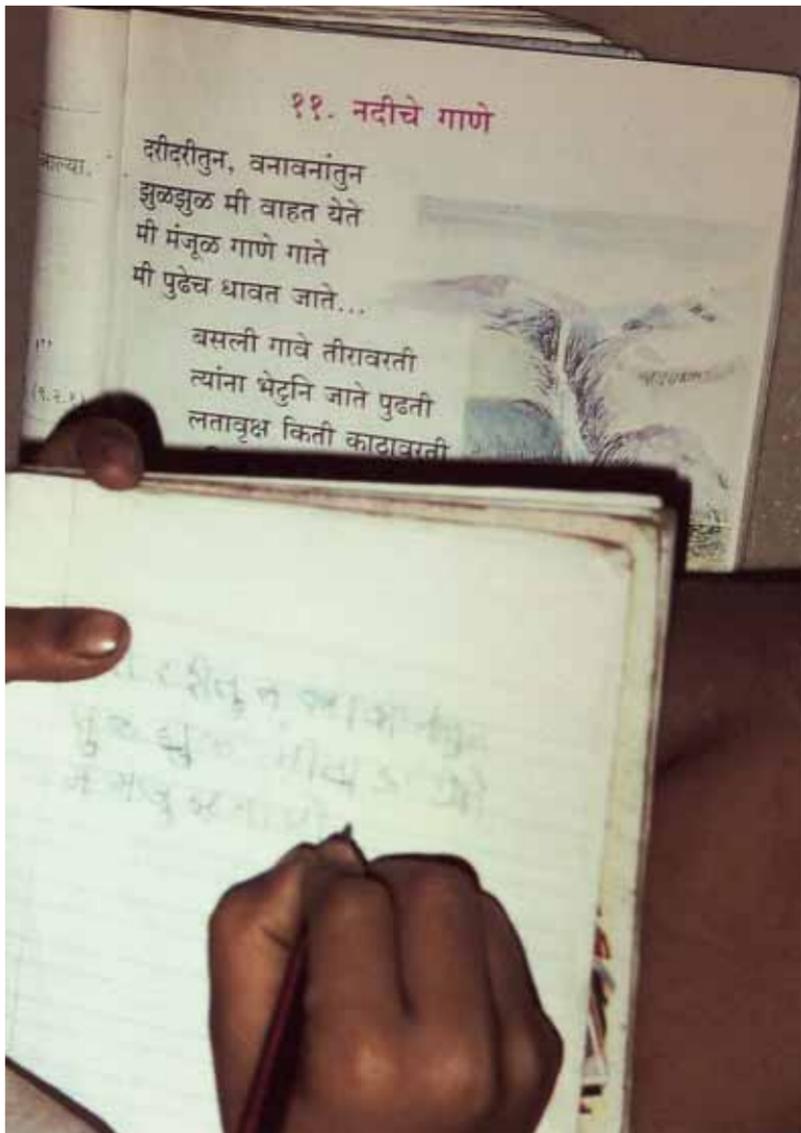
Primer viaje

LAS PRIMERAS SENSACIONES: LOS OLORES, LA CALLE, LA LLUVIA, EL HAMBRE, EL TREN... BOMBAY

En la calle el agua me llegaba a la altura de las rodillas porque las cloacas no estaban acostumbradas a engullir una cantidad tan grande. La noche que me preparaba para irme a Bombay era 31 de julio y caía una auténtica lluvia monzónica sobre Barcelona. Hacía las maletas y, aparte de la ropa necesaria para un mes, las cargué de ilusión casi sin darme cuenta, la misma que fui acumulando durante los últimos meses mientras preparaba el viaje. Había leído libros, artículos y guías sobre la India y Bombay. Me habían dado tanta información en conferencias, reuniones y encuentros —para saber cómo era la vida allí y para entender cómo funcionaba la ong— que tenía unas ganas locas de verlo y vivirlo con mis propios ojos. Pero aquella noche —durante unas horas— los nervios, la excitación, la desazón me provocó la situación de caos que se vivía en Barcelona. El aguacero que había caído había dejado las calles impracticables, intransitables. A las tres de la madrugada no había taxis y los teléfonos de las empresas que los distribuyen comunicaban y, cuando conseguía hablar, no me podían garantizar el servicio hasta, como mínimo, al cabo de una hora. El avión salía a las seis de la mañana y tenía miedo de no llegar a tiempo, porque tenía que estar en el aeropuerto una hora antes.

Había un colapso monumental y no veía la manera de llegar a tiempo. Sabía que iba contra reloj. No paraba de llover. Decidí bajar a la calle con las maletas. El vestíbulo del bloque de pisos donde vivía se había inundado. Salí descalzo y traté de coger línea con el móvil para pedir algún taxi. Comunicaban. Me desesperaba pero continué intentándolo hasta que, finalmente, me atendieron y me aseguraron que, en media hora, tendría un taxi. Y así fue: más o menos treinta minutos después el taxi atracaba delante de casa. Prácticamente tuve que nadar desde el portal hasta el coche con las maletas. Zarpamos en dirección al aeropuerto y navegamos por una ciudad que parecía que aquella noche hubiera sustituido las calles por canales. Curiosamente, a los pocos días de haber llegado a Bombay, uno de los jesuitas que vivía en el Retreat House —el centro de recogimiento donde pasé todo el mes—, el malogrado Jordi Ribas, reconocía, preocupado, que a la ciudad le haría mucha falta aquella lluvia que le explicaba que había caído en Cataluña. Decía que era necesaria porque es la que, cada año, por aquella época, cae en Bombay, y aquel año —que había habido una sequía extrema— le hacía falta más que nunca. La reclamaba levantando la cabeza y los brazos, mirando al cielo, buscaba, infructuosamente, que las nubes le hicieran caso.

Vestido con un pareo estampado y una camisa de rayas de lino, Jordi Ribas nos dedicó una sonrisa medio escondida entre la barba y la cabellera, blancas y grises, que le rodeaban la cara y la cabeza. Lavaba el coche, una minifurgoneta, aparcada en la entrada principal del Retreat. Primero, a golpe de manguera; después, la enjabonaba y le pasaba una bayeta. Cuan-



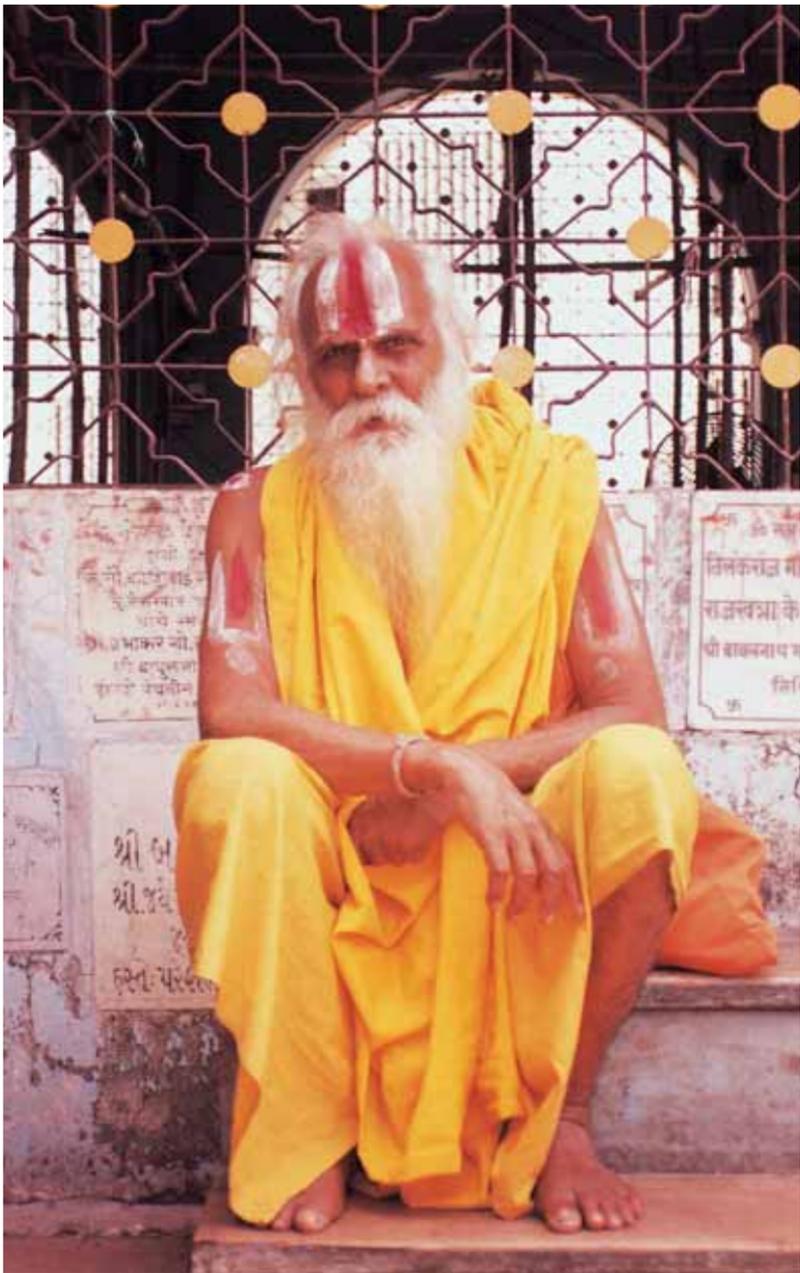
El ccdt cree que la educación —leer, escribir, sumar, restar...— es básica para que en un futuro estas criaturas puedan salir adelante, tener una vida distinta a la que antes estaban condenados.



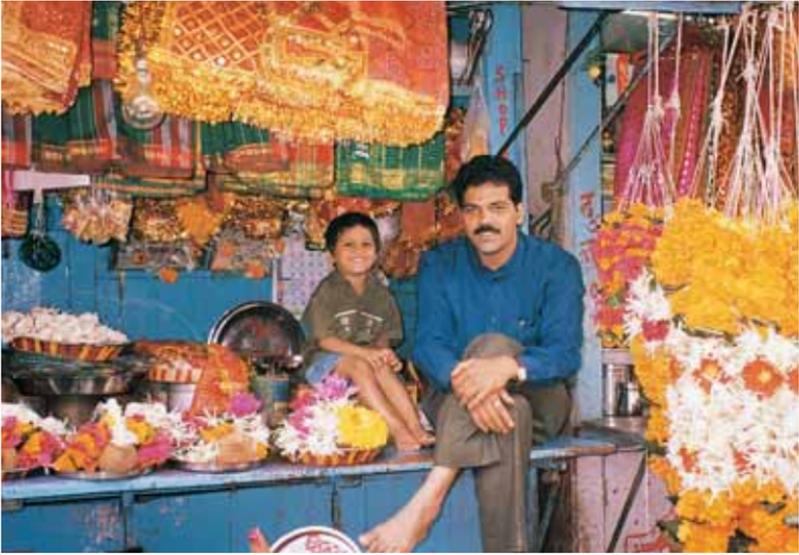
Una buena alimentación para hacer frente a la desnutrición, es otro objetivo del ccct. En Ashray y en Ankur, comen tres veces al día. Nunca falta la leche.



El billar de la India, el Carrom Board, es un excelente pasatiempo para todo el mundo.



Los sadhu buscan la luz, la sabiduría, la verdad. Los hay que lo buscan cerca de los templos, pero otros se retiran a la montañas.

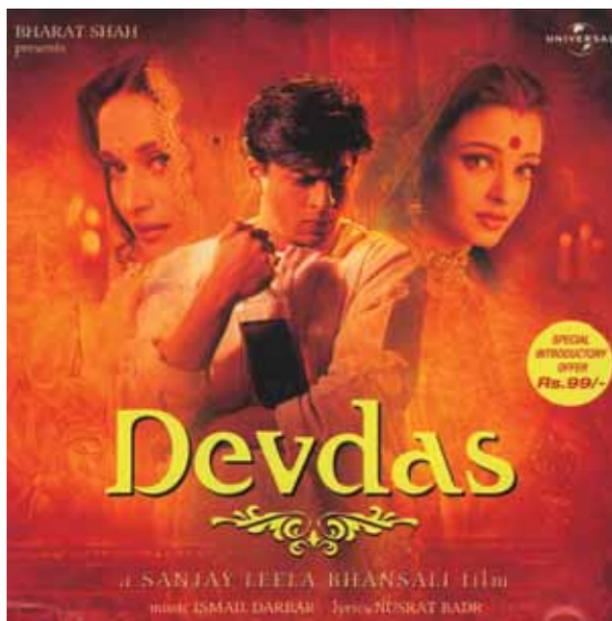


Los accesos a los templos están llenos de tiendas que venden todo lo que los fieles necesitan para las ofrendas, antes de rezarle a su Dios.



Símbolo de la presencia británica, con los años, la Puerta de la India se ha convertido en un emblema de Bombay.

Hasta ahora es una de las películas más caras de Bollywood. Tuvo un gran éxito en el Festival de Cannes en 2002. Aquel verano, Devdas, se convirtió en un fenómeno en Bombay.



Algunos comercios ofrecen la posibilidad de probar betel, una mezcla de distintos estimulantes y digestivos que contiene hojas, siempre verdes, de este arbusto.



Hay más de mil en Bombay. Es el medio de transporte más rápido y más utilizado después del tren. Los rickshaws tienen prohibido circular por el centro de la ciudad. Dicen que así no contribuyen a polucionar.



Durante el monzón, el agua de la lluvia es un elemento más de las calles de Bombay. El ritmo frenético de la ciudad ni se altera.



Más de la mitad de la población de Bombay vive en la calle, en barracas. Más de tres millones de personas no tienen acceso a un lavabo. Más de seis no tienen agua potable para beber y para muchos millones más la electricidad es un sueño.



La supervivencia de una familia, a veces, depende de llegar antes que nadie —hasta que los cuervos— a un contenedor para removerlo y llevarse algo de comer para su mesa.



El espacio es un bien muy escaso y preciado. Por esta razón, muchas familias instalan sus barracas en los lados de las calles, delante de las casas.

ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción.....	9
Presentación: la ciudad de las sonrisas.....	11
Primer viaje	
Las primeras sensaciones: los olores, la calle, la lluvia, el tren..., Bombay	19
Los primeros contactos con la ong y los proyectos	46
La semilla que crece junto al infierno: Ankur y Kamathipura	54
Bollywood Nights o una noche en el cine	64
Los rayos de luz de Ashray	71
La vida en el campo	82
Amin.....	87
Los encantos de Bombay	97
Primera despedida y balance.....	116

Segundo viaje

El retorno o una promesa cumplida	121
La misma ciudad, una mirada diferente	125
Amin y Suresh	136
Ravi o la fuerza del más débil.....	141
Kavita y su historia	152
La muerte de una prostituta y la vida de dos asistentas: Aruna y Krish	165
Los atentados y el miedo.....	174
¿Hasta pronto?.....	182